

“LA MASCULINIDAD EN EL ENVEJECIMIENTO. VIVENCIAS DE LA VEJEZ DE VARONES DE UNA ZONA POPULAR DE LIMA”.

Miguel Ángel Ramos Padilla¹

Resumen

Este estudio fue realizado en hogares pobres, ubicados en asentamientos populares de la ciudad de Lima, capital del Perú. La investigación tuvo como objetivo, por un lado, una aproximación exploratoria desde la perspectiva de género, a los discursos de varones de 70 y más años de edad que habitan en estos hogares, en torno de sus vivencias de la vejez; y, por otro, un acercamiento a las percepciones de quienes tienen una relación próxima con estos adultos mayores respecto a sus relaciones con él.

La mayoría de estos varones no cuenta con pensión de jubilación, ni seguro de salud, lo cual deteriora más las condiciones de vida de sus hogares, generalmente extendidos, donde confluyen hasta tres generaciones y en viviendas que mayoritariamente les pertenecen. La investigación encontró que, existen construcciones del género que incrementan el malestar de estos hogares donde habitan estos varones. Se trata de características de la masculinidad hegemónica que colisionan con las particulares propias de esta etapa de vida, pues constituyen una ruptura abrupta con el pasado, como la pérdida de roles de proveedor y de autoridad patriarcal en el hogar, que son el *quid* de la valoración social como hombre. En esta etapa, gran parte del tiempo deben pasarlo en casa. Por tanto, sus actitudes democráticas, flexibles y autónomas para resolver sus propias necesidades o, contrariamente, sus comportamientos autoritarios, poco solidarios en las responsabilidades domésticas y dependientes de los servicios de las mujeres, influirán en añadir bienestar o malestar respectivamente, a los demás miembros del hogar. Se comprobó que la trayectoria de vida, en la etapa anterior a la vejez, repercutía enormemente en el comportamiento actual. Así, hombres con trayectorias violentas y autoritarias contra la pareja e hijos, intentaban mantener el mismo comportamiento, incluyendo a sus nietos, sin embargo, se encuentran con que principalmente los hijos varones ponen un fuerte contrapeso a ese poder. La investigación también constató, entre otras cosas, que a falta de apoyo estatal para brindar servicios a personas mayores, surgen de manera autogestionaria, numerosas asociaciones de personas adultas mayores, las cuales se convierten en un medio importante de contribución a la mejora de la salud física y mental de sus asociados y, además, contribuyen, según los otros miembros de las familias, al propio bienestar del hogar. Sin embargo, nuevamente los estereotipos de género impiden que los ancianos varones puedan beneficiarse plenamente de estos servicios, al no participar en ellas, pues consideran que muchas de esas actividades que los beneficiarían son femeninas.

Palabras clave: Género, masculinidades, envejecimiento, pobreza, ciclo de vida.

¹ Profesor de la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Coordinador del Programa de Hombres que Renuncian a su Violencia. miguel.ramos@upch.pe

INTRODUCCIÓN

Apenas una década atrás el envejecimiento de la población era visto como una realidad propia de los países desarrollados, producto de sus bajas tasas de fecundidad y sus altas esperanzas de vida al nacer. Las mismas tendencias demográficas en el Perú, están provocando un fenómeno semejante.

En este país, la mayoría de personas adultas mayores no cuenta con una pensión de jubilación, porque se dedicó a actividades informales sin cotización a un fondo de pensiones, y los pocos que si la reciben, sus pensiones son muy bajas, puesto que eran trabajadores dependientes con muy bajos ingresos que cotizaron a un fondo de pensiones quebrado. Esta situación se agrava, pues la oferta de servicios a las personas ancianas desde el Estado, y sobre todo a las de estratos populares, es casi inexistente o precaria.

Por otro lado, existen aspectos socioculturales en la construcción del género que incrementa el malestar de los hogares donde habita un adulto mayor, en contextos de pobreza. Se trata de algunos rasgos de la masculinidad hegemónica que colisionan con las características propias de esta etapa de la vida, pues constituyen una ruptura abrupta con el pasado, sobre todo con la pérdida de roles tan preciados como el de proveedor y el de autoridad patriarcal en el hogar, que son el *quid* de la valoración social como hombre. Además, considerando que el ámbito doméstico no ha sido el centro de las actividades productivas, atribuidas por lo general a los varones, y que los quehaceres del hogar no han estado tradicionalmente a su cargo, qué ocurre luego del cese laboral, cuando gran parte del tiempo deben pasarlo en el hogar. ¿Cómo

interpreta el adulto mayor varón su nuevo estatus, a la luz de las creencias de género?, ¿cuáles eran las repercusiones en sus sentimientos de malestar o bienestar y los efectos en la calidad de vida, tanto de ellos como de la familia con quien convive?.

La investigación tuvo como objetivo, por un lado, una aproximación exploratoria desde la perspectiva de género, a los discursos de estos adultos mayores en torno de sus vivencias de la vejez; y, por otro lado, un acercamiento a las percepciones de quienes tienen una relación próxima con el adulto mayor respecto a sus relaciones con él.

METODOLOGIA - La técnica cualitativa que mejor se ajusta a la necesidad de explorar las experiencias individuales, el sentido y la interpretación de los propios actos, es la entrevista en profundidad. Se entrevistaron a diez ancianos varones entre los 70 y 86 años que viven en un barrio popular en la parte sur de Lima y a uno de sus familiares más próximos. Respecto a los diez ancianos, 5 están casados, tres son viudos, uno es separado y uno soltero. A excepción de este último, todos viven con hijos y nietos.

ALGUNOS ASPECTOS CONCEPTUALES

La vejez se asocia a una etapa de la vida que se inicia a determinada edad, cuando las facultades físicas y mentales sufren un descenso importante que impide la ejecución de actividades que podían realizarse en la juventud y la adultez. Para quienes laboran, la cesantía está establecida legalmente a partir de los 65 años.

Un consenso tácito establece la edad en que se inicia la vejez justamente cuando se termina la edad activa. Sin embargo, el momento de decaimiento sustantivo de las fuerzas físicas y de las capacidades mentales y el deterioro de la salud cambian con

cada persona. No obstante, personas en pleno desarrollo de sus facultades son consideradas viejas por el solo hecho de llegar a determinada edad. El comportamiento de las otras personas hacia ellas cambia, sus oportunidades se restringen, y la percepción sobre sí mismos puede transformarse por su relación con el medio.

El envejecimiento no puede ser considerado solo desde el punto de vista cronológico o biológico asociado a trastornos funcionales. Sino, a la vez se construye socialmente y está referido a las conductas y actitudes adecuadas para una determinada edad cronológica, a las percepciones subjetivas que tienen de sí mismas las personas de esa edad, y a las que tienen las otras personas que no viven este momento (jóvenes y adultos) con quienes interactúan.

El sentido de la edad social, con roles diferenciados por rango, coincide de alguna manera con el concepto de género, que obedece también a una construcción social, pues sobre la base de una diferencia biológica entre hombres y mujeres se fijan roles y conductas diversas, y a las mujeres se les asigna una posición subordinada respecto a los hombres. De la misma manera, los ancianos suelen ser considerados socialmente menos que los individuos que no lo son.

La construcción social de género no es la misma en todas las etapas del ciclo de vida, como tampoco lo es la edad cronológica y fisiológica y social para hombres y mujeres. El aspecto fundamental de esta conexión es “[...] comprender cómo se relaciona la edad y el género con la distribución del poder, privilegios y bienestar en la sociedad” (Ginn y Arber, 1996: 17).

Así, habría una serie de condiciones cambiantes que permitirían u obstaculizarían el ejercicio del poder, según la edad. De esta manera, la dependencia económica de los hijos, la enfermedad y la falta de redes familiares y sociales, podrían contribuir a una pérdida de poder masculino y a un mayor equilibrio de poderes en las relaciones entre géneros. Las autopercepciones de los ancianos y las percepciones de los demás sobre aquellos tienen como filtro los imaginarios sociales y culturales de género y edad.

Estudiar a los adultos mayores varones nos exige conocer los cambios y permanencias de los imaginarios sociales respecto de lo que significa ser hombre en nuestra sociedad. De qué manera el cumplimiento de la normatividad social acerca de los comportamientos por género repercute en la interpretación que los hombres hacen sobre sí mismos en esta etapa de sus vidas, y cómo influye esto en sus sensaciones de malestar o bienestar y en su interacción con su familia. Para ello se hace necesario plantear cuáles son los pilares fundamentales sobre los cuales se realiza la construcción social de la masculinidad hegemónica.

Desde el momento del nacimiento se alienta a los varones determinados comportamientos, creencias, actitudes y convicciones de lo que se considera que es lo adecuado para ser reconocido como un verdadero varón en nuestra sociedad., y se le reprimirán otros (Marqués 1997). Una de las bases fundamentales de la masculinidad reside en la capacidad de ejercer autoridad sobre las mujeres. La construcción de la masculinidad hegemónica está atravesada por pruebas mediante las cuales cada varón tendrá que demostrar en diversas etapas de su vida, su masculinidad, como si fuera un

atributo que siempre está en peligro de perderse (Hernández 1995). Durante la adolescencia, la sexualidad será el eje central de la demostración, y se expresará por medio de la capacidad de conquistar mujeres y la frecuencia de los actos sexuales. En la adultez, cuando cada varón ha demostrado fehacientemente su virilidad en el matrimonio y la procreación, el centro de la construcción de la masculinidad estará en su capacidad como proveedor, es decir, en su aptitud para sostener económicamente a su familia. Un varón adulto sin trabajo se sentirá socialmente devaluado como hombre (Fuller 2001). Según algunas investigaciones, para los ancianos, el hecho de haber dejado de ser proveedores trae como consecuencia el sentimiento de estar socialmente desvalorizado (Nué 2001 y CEPAL 2004).

Wilson (1996) señala que, en países desarrollados, los viudos o algunos maridos con esposas incapacitadas no tienen más remedio que asumir quehaceres domésticos. En circunstancias parecidas, los ancianos peruanos, viviendo en hogares extensos no necesariamente asumen con autonomía la satisfacción de sus necesidades domésticas, y más bien dependerían de las hijas o nueras.

Por otro lado, hasta qué punto la funcionalidad o no de la anciana o el anciano respecto de la reproducción familiar tienen como resultado una mayor valorización o desvalorización de cada uno de ellos por los demás miembros de la familia. Es posible que la pérdida del rol de proveedor del hombre lo haría poco funcional al hogar, en tanto que los roles tradicionales femeninos en el ámbito doméstico, principalmente el cuidado de los nietos, significarían una continuidad en el quehacer de las mujeres ancianas, con consecuencias positivas para la reproducción familiar.

Algunos estudios anteriores han notado que la tendencia mayoritaria es a que las relaciones de poder se extiendan hasta la vejez. Existiría una cultura de subordinación muy difícil de romper, que haría que los varones, inclusive en situación de minusvalía, mantengan el poder. En otras ocasiones, aun cuando el poder masculino se mantendría, el control sobre las mujeres se relajaría y la violencia contra ellas podría disminuir. En un artículo publicado por Askham (1996) se señala cómo la dinámica de malos tratos puede continuar entre matrimonios ancianos. En otro artículo, Rose y Bruce (1996) señalan que incluso los hombres físicamente dependientes mantienen con frecuencia el poder sobre sus esposas. Según Wilson (1996), durante la vejez, tanto hombres cuanto mujeres pierden poder y son sometidos en muchas ocasiones por otros familiares, principalmente por los hijos, que se vuelven muy controladores.

Respecto a las redes sociales de apoyo de los ancianos, según la bibliografía consultada, la principal es la familia; pero cuando, por alguna razón, esta falta, las redes de amigos, vecinos o de instituciones locales juegan un papel crucial, sea como apoyo fundamental, sea de manera complementaria. Su función no consiste necesariamente en el apoyo cotidiano para la satisfacción de necesidades básicas del anciano, sino que llenan vacíos importantes de afecto, compañía y de oportunidad de actividades que involucren al anciano y contribuyan con su salud mental. Sin embargo, existirían barreras culturales, como las construcciones de género, para el acceso diferenciado de hombres y mujeres a estas redes, y en las que son los varones los más perjudicados. La investigación de Wilson sobre la participación de hombres y mujeres en instituciones locales para ancianos hace notar que en prácticamente todas sus actividades sociales

había mucho menos hombres que mujeres. “Algunos dijeron que no tomaban parte de las actividades locales porque eran ‘*demasiado femeninas*’” (Wilson, 1996: 150).

RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN

Función como proveedor y percepciones de la cesantía - La cesantía es el acontecimiento que marca, en la mayoría de las ocasiones, el inicio de la vejez en la percepción de uno mismo y en la de los demás. Ocurre en edades diversas: si se labora como dependiente, la edad de jubilación está normada por la ley; si se trabaja por cuenta propia, la cesantía no llega siempre de manera voluntaria, sino más bien obligada por el importante decrecimiento de las fuerzas físicas o porque los demás consideran que no deben dar empleo a alguien considerado socialmente como de edad avanzada. En cualquiera de los casos, la cesantía cobra un significado especial para quienes, como los hombres, han construido su identidad masculina adulta en el ámbito laboral, en su rol fundamental de proveedor del espacio doméstico. Tradicionalmente esto les otorgó mayor poder y autoridad y fue fuente de su valoración social.

El rol de proveedor, se mantiene fuertemente enraizado en la subjetividad de cada uno de los hombres entrevistados, inclusive en la etapa de la vejez. Y aun cuando el medio no se los exija explícitamente, se yergue como coacción interna, a modo de interpelaciones íntimas sobre el deber ser. Así, cuando los adultos mayores no pueden continuar asumiendo ese rol y necesitan depender de otros para sobrevivir, experimentan sentimientos de baja autoestima y de vergüenza.

Por esto, el hecho de recibir o no una pensión de jubilación, por mínima que esta sea, marca sustancialmente la diferencia en la interpretación que hacen ellos de su situación

actual. El considerar que aún son proveedores, aunque ya no sean los principales, les otorga cierta seguridad y la sensación de que mantienen autoridad y poder en el hogar.

Los que no tienen una pensión de jubilación suman a los malestares que les produce su mayor precariedad económica, el profundo sentimiento de vergüenza y humillación por no poder seguir cumpliendo su rol de proveedores y el tener que depender de otros. La mayoría, a pesar de que sus fuerzas físicas les impiden continuar trabajando, siguen en la búsqueda de oportunidades de empleo, y se sienten devaluados como hombres cuando son rechazados por su edad. La sensación de inservibles ronda a todos ellos. Algunos de los entrevistados que no tienen quién los ayude, se sienten absolutamente desamparados, sin esperanzas, y solo esperan la muerte. Trabajan cuando pueden conseguir algo para sobrevivir, a pesar del sufrimiento físico que les produce. Esta es una de las situaciones más desgraciadas dentro de las condiciones en que se reproduce la vida en el contexto de la extrema pobreza.

En suma, el mandato social de ser proveedor para sentirse socialmente valorado como hombre permanece vigente en todos estos adultos mayores.. La cesantía ha tenido diferentes significados para ellos, dependiendo de si recibían o no pensiones de jubilación. Para quienes sí la tienen la cesantía solo significó el haber cumplido una etapa de su vida y empezar otra sin obligaciones con las empresas en las que laboraban, pero conservando su capacidad de proveer. La dura realidad económica en la que viven los ha mantenido, en su gran mayoría, como principales —y en algunos casos, únicos— proveedores, incluso de hijos mayores sin trabajo y de nietos. Esto les sigue confiriendo poder y autoridad dentro del hogar y mantiene su autovaloración

como hombres plenos, a pesar de sus magros ingresos. Este poder no está incólume, como veremos más adelante, porque la edad les juega en contra respecto de los hijos, principalmente los varones, que enfrentan, incluso violentamente, ese poder.

Para quienes no tienen una pensión de jubilación, la cesantía ha significado el fin de su capacidad como proveedores. Sin embargo, el mandato social de la masculinidad hegemónica permanece, pero ahora es la fuente fundamental de su malestar, porque su cumplimiento ya es inalcanzable: la sociedad les niega esa posibilidad. Entonces, su resignación a nunca más recuperar dicho rol los hace sentirse inservibles. Estos hombres son los que menos poder mantienen en casa, salvo los resquicios que les otorga el ser aún los propietarios de la vivienda donde aun moran varios de sus hijos.

Relaciones familiares - Una vez iniciada la cesantía, el tiempo que era ocupado en el ámbito de lo público se vuelca de manera significativa al espacio del hogar. Si antes era el lugar donde recalaba durante las noches y fines de semana para obtener servicios de su pareja y descansar, además de interactuar con esposa e hijos de manera impositiva, controladora o democrática, ahora el ambiente doméstico es el centro de actividad o de carencia de ella, la oportunidad de relacionarse permanentemente con los demás miembros que cohabitan bajo el mismo techo, al que en algunos casos se han incorporado nietos, nueras y yernos. Su omnipresencia juega un papel crucial en la atmósfera de bienestar o malestar dentro del hogar, dependiendo de sus actitudes frente a sí mismo y los demás.

Nueve de los diez entrevistados viven con esposa, hijos y nietos y, a la vez, son propietarios de sus respectivas viviendas. Esta última es una característica importante, pues a pesar de que han perdido su rol de proveedores por no tener pensión de jubilación, varias decisiones en el hogar pasan por ellos y, por tanto, mantienen en mayor o menor grado cierta cuota de poder. Sin embargo, ya no se trata, como antaño, del único poder, pues los hijos adultos e hijas adultas con quienes conviven comparten roles como proveedores y son los responsables de la crianza de sus propios hijos. No obstante, en muchas ocasiones, dado el tiempo que el anciano permanece en el hogar, intenta tomar decisiones que involucran a todos y chocan con los intereses de los demás, lo que en varios casos es motivo de frecuentes conflictos y de resoluciones violentas con la pareja y los hijos, principalmente con los varones.

Los testimonios de los adultos mayores que han participado en el estudio y los de sus acompañantes nos han permitido constatar que el tipo de relaciones que entablan estos ancianos en el espacio del hogar es, en líneas generales, resultado de una continuidad iniciada con la constitución de la pareja muchas décadas atrás, que no ha sufrido una ruptura importante a partir de la cesantía, y que llega hasta la etapa de la vejez.

En los casos en los que se presentan actitudes violentas y controladoras de los adultos mayores, no se trata de rasgos seniles aparecidos en esta etapa de la vida sino que forman parte de sus trayectorias permanentes de maltratos, de avasallamiento y de falta de respeto por las personas con quienes conviven. En la actuación de estos hombres se traslucen creencias machistas tradicionales muy enraizadas, de superioridad masculina, de autoritarismo y de preservación de privilegios aun a costa de

afectar las condiciones de vida de quienes consideran subalternos al servicio de ellos. A la vez, pudimos constatar que las actitudes democráticas y afectuosas de varios ancianos en sus hogares no aparecieron luego de la cesantía, sino que también forman parte de una trayectoria de vida, cosa que es corroborada por sus esposas o hijos. La excepción está dada por uno de los ancianos, quien se encuentra desamparado. Sin embargo, su situación no es producto de una mala relación con sus hijos, sino de un contexto económico muy precario en el que tampoco sus hijos tienen lo suficiente para ellos mismos y sus respectivas familias. El tipo de relaciones que entablan los ancianos con los otros miembros del hogar es, en suma, un elemento importante que contribuye al bienestar o al deterioro de la calidad de vida en el ámbito doméstico.

Redes de apoyo fuera del núcleo familiar – Si bien la principal red de apoyo de los adultos mayores es la familiar, sin embargo, las redes de amigos, vecinos o de instituciones locales pueden jugar un papel complementario importante. En el caso de estas últimas no se trata de un apoyo cotidiano para la satisfacción de necesidades básicas del anciano, sino que pueden llenar vacíos importantes de afecto, compañía y de oportunidad de actividades que lo involucren y contribuyan con su salud física y mental. No obstante, y a pesar de que aparentemente los beneficios de la participación en redes sociales más allá del núcleo familiar resulten obvios, existen barreras no solo económicas, sino también culturales. En estas barreras están presentes las construcciones de género que determinan el acceso diferenciado de hombres y mujeres a ellas, y que perjudican sobre todo a los varones, como veremos a continuación.

La familia sigue siendo el espacio principal —y en algunos casos exclusivo— de sus relaciones personales y de apoyo. En un grupo de ellos se añade su participación en instituciones de distinta índole, como los clubes provinciales y los que agrupan a personas ancianas, y en otros el establecimiento de lazos amicales con vecinos. Cada una de estas situaciones tiene diversos impactos para ellos y sus respectivas familias. Entre las instituciones con mayor impacto positivo hay que destacar las que agrupan a personas adultas mayores, organizadas de manera autogestionaria cuyo fin es desarrollar actividades que contribuyen con mejorar la salud física y mental de sus participantes (paseos, gimnasia, danzas, etc). Varios factores se conjugan para extender las relaciones más allá del ámbito familiar cercano, entre las que destacan la supervivencia o no de la esposa, la trayectoria anterior respecto del tipo de lazos de amistad contraídos y de la experiencia de participación en instituciones sociales no gremiales y, por último, el temperamento más o menos sociable de cada persona.

El mantener o no lazos antiguos de amistad o entablar amistades nuevas responden a una trayectoria anterior a la cesantía. Hombres que dedicaban parte importante de sus vidas, no solo en el trabajo sino también fuera de él, a la asistencia a espacios de socialización masculina como el fútbol y la cantina, y que pasaban poco tiempo con sus familias, mantienen esa dinámica. Los otros, cuya rutina era del trabajo al hogar, han acentuado su relación exclusiva con la familia. Esto mismo sucede con la participación actual en instituciones de ayuda mutua o con fines recreacionales. A pesar de que existen varios clubes de la tercera edad en el distrito, muchos de estos hombres no participan, fenómeno que ocurre con mayor frecuencia en el caso de los que nunca

participaron en institución alguna más allá de la gremial, porque tienen prejuicios e ideas distorsionadas de sus fines y no intuyen el beneficio que les podría proporcionar.

Otra característica general de estos hombres es que, aun los que participan en ellas, tienen dificultades para valorar la importancia de ser miembro de una institución de ayuda mutua para ancianos, pues evalúan que se pierde el tiempo. Ciertamente, valoran los beneficios de las actividades recreativas y físicas que realizan para su propia salud, pero los minimizan frente a los imperativos sociales que señalan que lo principal para todo hombre es el trabajo productivo y remunerado, pues es lo único que verdaderamente les restituiría su valor como tales. Habría que repasar en nuestra cultura hasta qué punto el tiempo dedicado al arte, al juego y al deporte es considerado como pérdida de tiempo, y así es inculcado de generación en generación por padres a hijos, sobre todo en sectores populares. En un estudio anterior sobre los significados de la recreación y el deporte en zonas urbano populares de Lima, encontramos que sus pobladores les otorgan muy poca importancia como medios de formación de sus hijos (Ramos, Herrera y Reynoso, 1993)

Actividades tales como el baile, los juegos y la biodanza —y, en general, todas aquellas destinadas a cuidar del cuerpo— son consideradas como femeninas. El Presidente de un Club de adultos mayores visitado, cuenta incluso que un buen número de socios masculinos no participan en las actividades recreativas diarias, sino solo sus esposas, y más bien sí acuden a las asambleas mensuales a las que sus parejas, por el contrario, no asisten, de manera que reproducen los roles de género entre el ámbito político de

las decisiones, tradicionalmente masculino, y el del cotidiano cuidado del cuerpo, aspiración supuestamente femenina.

Es interesante anotar que los familiares, de quienes participan en todas las actividades recreativas, resaltan los cambios positivos que se producen en los ancianos como resultado de su participación en una institución de ayuda mutua para adultos mayores, con mayor énfasis incluso que el expresado por los directamente beneficiados. Lo que ocurre, al parecer, es que las demás personas sienten el impacto benéfico de los cambios positivos en estos hombres, en sus propias vidas cotidianas. La mayor predisposición a la tolerancia y a una actitud un tanto más flexible que la acostumbrada, que es lo que aparentemente produce un tiempo cubierto por actividades de relax, de mantenimiento físico y mental, lo que contribuye al mejoramiento de las relaciones al interior de la familia y de la calidad de vida de todos. Inclusive, una serie de enfermedades relacionadas por los adultos mayores, tales como dolores óseos y musculares, desaparecen o mejoran con la participación diaria en estas actividades. El problema sigue siendo que pocos hombres están dispuestos a participar en actividades que los pueden beneficiar física y mentalmente, por constreñimientos culturales.

Percepciones del adulto mayor sobre su situación actual - Hay aspectos que al acumularse configuran un cuadro precario y producen un gran malestar en los adultos mayores, y una interpretación muy negativa de su situación actual. Entre ellos están la falta de una pensión de jubilación y de un seguro de salud que les ocasiona sentimientos de inseguridad y angustia, a la que se añade la falta de esposa y, en su defecto, de hijas que brinden servicios al anciano junto con una actitud dependiente de los cuidados femeninos que les produce una sensación de desamparo. También

contribuyen la presencia de enfermedades degenerativas, que les impiden moverse y desarrollar sus vidas con soltura, lo que los frustra y crea impotencia; una sensación de no saber cómo llenar el tiempo vacío y percibirse como inservibles; falta de redes de amigos e instituciones que les brinden la oportunidad de ocupar su tiempo en actividades de esparcimiento y que les crea una sensación de soledad, la ausencia de objetivos que los motiven y den un sentido a sus vidas.

Por otro lado, entre los elementos que contribuyen a la interpretación positiva y de bienestar están contar con una pensión de jubilación y seguro de salud, tener esposa o hijas que les presten servicios, mejor aun si su actitud es autónoma para resolver sus necesidades básicas, sentirse con fuerzas para moverse, sin enfermedades que les impidan hacerlo y capacidad para autogenerarse ocupaciones domésticas que los hagan sentir útiles frente a los demás. Además, es importante mantener las redes de amigos con actividades de esparcimiento de manera cotidiana y participar en instituciones que les brinden espacios de entretenimiento y de conservación de su salud física y mental. Y, por último, una motivación para seguir viviendo.

Otra constatación del estudio es que para estos adultos mayores los caminos que conducen a una percepción de bienestar son distintos. La mística y el estado de fervor motivador que les inyectan algunas sectas religiosas para unos; la participación en una institución dedicada a las personas adultas mayores que les brinda un abanico de posibilidades de esparcimiento y de deportes que les permite mantenerse en buen estado de salud física y emocional para otros; o simplemente la habilidad para autogenerarse actividades de recreación con amigos, nietos y actividades caseras

útiles, siempre y cuando cualquiera de ellas les ocupe una buena parte de su tiempo y les dé sentido a sus vidas, apuntan a ese mismo destino.

Por otro lado, las características fundamentales de la identidad masculinidad hegemónica, como son la calidad de proveedor, la necesidad de mantener el estatus de autoridad patriarcal, o la dependencia de las mujeres para la reproducción doméstica, son elementos que perturban el disfrute de una ancianidad más autónoma y llevadera para varios de estos hombres, además de otras carencias objetivas ya señaladas.

III. ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Las condiciones de vida de la mayoría de los adultos mayores que participan del estudio presentan diversos niveles de precariedad, y aparecen como un gran telón de fondo que limita de alguna manera el bienestar de estos hombres. Sin embargo, en este contexto, personalidades individuales diversas con características de mayor o menor autonomía, experiencias distintas y, principalmente, elementos culturales que conforman los pilares de la construcción de la masculinidad hegemónica, se erigen como fortalezas o debilidades que contribuyen a favorecer u obstaculizar las percepciones de bienestar entre estos ancianos.

Se observa, asimismo, la ausencia casi absoluta del Estado para brindar servicios a esta población, principalmente a la que no tiene una pensión de jubilación y, por tanto, tampoco cuenta con los recursos para sufragar su participación en las instituciones autogeneradas por la población.

En el estudio hemos podido constatar que los caminos que conducen a los adultos mayores a una percepción de bienestar son diversos. El mantener objetivos y proyectos, sean estos de índole festivo-recreativa, como los que impulsan las instituciones de adultos mayores, social, religiosa o laboral, también otorga un sentido a la vida y empuja a tener una percepción de bienestar. Encontramos algunos hombres que lo lograron mediante su participación militante en instituciones religiosas en donde les infunden una gran mística y una razón de ser a sus vidas, además de que ocupan buena parte de sus tiempos. A pesar de sus adversas condiciones económicas y de salud, estos hombres afirman sentirse bien y con fuerzas para hacerles frente.

La presencia de ellos puede constituir una carga pesada para sus familias no solo en el aspecto económico sino en el de las relaciones interpersonales. Pero también puede elevar la calidad de vida de todas y todos. Esto depende de la actitud de los mismos ancianos, aun en las situaciones más precarias, para darle un sentido a sus vidas, ocupar sus tiempos vacíos con actividades que los mantengan sanos física y mentalmente y superar prejuicios vinculados a la masculinidad hegemónica: por un lado, las ansias de poder autoritario y de control; y, por otro, el abandono del cuidado del cuerpo y la desvalorización de actividades de recreación como fines en sí mismos.

Por último, debemos señalar la importancia de que el Estado y las instituciones sociales contribuyan a preparar a los ancianos y a la población toda para que vivan esa etapa de manera satisfactoria y plena. Muchos mitos culturales que limitan artificialmente la potencialidad de estos hombres para sentirse realizados deberán cuestionarse y superarse. Varios de ellos están impregnados por las creencias de género, que si bien

conducen a que los hombres mantengan privilegios aun en la vejez, a costa del malestar que ocasionan a las personas que los rodean, también les está produciendo a ellos mismos dolor, frustraciones y soledad.

BIBLIOGRAFÍA

ASKHAM, Janet: “Vida matrimonial de las personas mayores”, en ARBER, Sara y GINN, Jay (Compiladoras). (1996) *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Madrid: Ediciones Narcea, pp. 127-140.

CEPAL-Naciones Unidas. (2004). *Población, envejecimiento y desarrollo*. Trigésimo periodo de sesiones de la CEPAL. Puerto Rico.

FULLER, Norma. (2001). *Masculinidades: Cambios y permanencias*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

GINN, Jay y Sara ARBER. (1996): “‘Mera conexión’: Relaciones de género y envejecimiento”, en ARBER, Sara y GINN, Jay (Compiladoras): *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Madrid: Ediciones Narcea, pp. 17-34.

HERNÁNDEZ, Juan Carlos. (1995). “Sexualidad masculina y reproducción: ¿Qué va decir papá?”. Ponencia presentada al Coloquio Latinoamericano Varones, Sexualidad y Reproducción. México.

MARQUÉS, Josep-Vicent. (1997). “Varón y patriarcado”, en VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA: *Masculinidad/es: Poder y crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional y FLACSO, pp. 17-30. Ediciones de las Mujeres N.º 24.

NUÉ GUERRERO, Angélica. (2001) "Percepciones y autopercepciones de ancianos en Santa Cruz de Andamarca. Asociaciones con actividad y productividad, y salud y muerte en una comunidad de la sierra de Lima". Ponencia presentada en el Simposio Antropología de la Vejez, del Cuarto Congreso Chileno de Antropología. Chile, 19 al 23 de noviembre de 2001.

RAMOS, Miguel; Sandra HERRERA y Raquel REYNOSO. (1993) *Tiempo libre y pobreza urbana: Experiencia lúdica y calidad de vida en Villa María del Triunfo*. Lima: IPD/GTZ.

ROSE, Hilary y Errollyn BRUCE. (1996). "Diferente valoración de la ayuda que se prestan las parejas ancianas", en ARBER, Sara y GINN, Jay (Compiladoras): *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Madrid: Ediciones Narcea, pp. 163-181.

SCOTT, Anne y G. Clare WENGER. (1996). "Género y redes de apoyo en la vejez", en ARBER, Sara y GINN, Jay (Compiladoras): *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Madrid: Ediciones Narcea, 1996, pp. 221-239.

WILSON, Gail. (1996). "'Yo soy los ojos y ella los brazos': Cambios en los roles de género en la vejez avanzada", en ARBER, Sara y GINN, Jay (Compiladoras): *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Madrid: Ediciones Narcea, pp. 141-161.